

***« Enseñamos al mundo »**

El declive y la caída de la visión del Estado laico
de James Madison a los Estados Unidos**

Robert Boston

James Madison es una de las figuras más importantes de la historia estadounidense, especialmente en lo que respecta a la separación entre Iglesia y Estado y al gobierno laico.

Mucha gente, cuando piensa en la separación entre religión y gobierno en Estados Unidos, piensa primero en Thomas Jefferson —y con razón. Después de todo, Jefferson redactó el Estatuto de Virginia por la Libertad Religiosa, que puso fin al apoyo gubernamental a la Iglesia anglicana en Virginia y garantizó la libertad de culto para todos. Pero debemos recordar que ese estatuto no habría pasado de ser palabras sobre un pergamino si Madison no lo hubiera llevado al orden del día de la legislatura para convertirlo en ley en 1786.

En 1802, Jefferson habló elocuentemente de la Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, creando un “muro de separación entre la Iglesia y el Estado”, pero fue únicamente gracias a Madison que contamos con esa Primera Enmienda. Madison integró los principios del Estatuto de Virginia —ninguna Iglesia oficial y libertad de culto para todos— en la Primera Enmienda. Madison fue uno de los principales autores de la Primera Enmienda y, de hecho, de toda la Constitución. En Estados Unidos se le conoce como el “padre de la Constitución”.

Madison sabía que participar en el nacimiento de los Estados Unidos era un logro importante, uno que formaría parte de su legado. Durante su retiro, Madison mantenía correspondencia con muchos amigos y socios. En una carta fechada el 10 de julio de 1822 a Edward Livingston, Madison observó: “Enseñamos al mundo la gran verdad de que los gobiernos funcionan mejor sin reyes ni nobles que con ellos. El mérito se duplicará con la otra lección: que la religión florece con mayor pureza sin la ayuda del gobierno”.

Los Estados Unidos eran todavía un país relativamente joven en 1822. Nuestra Constitución llevaba apenas 33 años en vigor. Sin embargo, Madison no dudaba en explicar lo que estábamos enseñando al mundo. Creía claramente que nuestra manera de hacer las cosas valía la pena exportarla a otras naciones. “Enseñamos al mundo”.

Hoy, pienso a menudo en esas palabras de Madison. En su época, una joven nación audaz se atrevía a decir al mundo que no debía haber reyes. Promovía la idea radical de la separación entre religión y gobierno. Eso es lo que enseñamos al mundo. ¿Qué estamos enseñando hoy? Cosas muy distintas, me temo: que los hechos no significan nada y pueden moldearse como plastilina; que la realidad se define por lo que diga un aspirante al poder; que no hace falta creer en las pruebas que uno ve con sus propios ojos —es decir, que no necesitamos respetar las pruebas científicas—; que los poderosos, la mayoría, se atribuyen más derechos simplemente por su número; que algunos estadounidenses son inferiores.

Situación actual de EE. UU. y ascenso del autoritarismo

Nos reunimos hoy para una ocasión solemne: celebrar el 120º aniversario de la laicidad francesa. Aunque envío mis más cálidas felicitaciones por este hito, no puedo evitar notar una ironía: los Estados Unidos, pioneros del concepto de gobierno laico y exportadores del mismo, están abandonando rápidamente este principio.

Nuestra situación es grave, y me corresponde la triste tarea de informarles que ya no pueden contar con Estados Unidos para enseñar al mundo el valor de un gobierno laico. Esa lección deberá venir de otras naciones, como Francia.

Nuestra desafortunada situación puede atribuirse a Donald Trump. Cuando Trump fue elegido por primera vez en 2016, pensé que había sido un golpe de suerte. En nuestro complicado sistema, logró ganar en el Colegio Electoral aunque la mayoría de los estadounidenses no votó por él. Pero en 2024, sí votó por él una mayoría, plenamente consciente de que no tenía ningún respeto por nuestra democracia, de que había incitado a una turba a saquear el Capitolio el 6 de enero de 2021, de que era grosero, intelectualmente limitado y carente de ética, y de que era un delincuente sexual.

El resultado es que nuestra democracia tambalea. Tanques y soldados armados patrullan nuestras grandes ciudades. Personas con el “color de piel equivocado” —es decir, negras o morenas— son secuestradas de las calles por agentes federales enmascarados y enviadas quién sabe dónde. Trump y sus aliados están cerrando ramas enteras del gobierno federal. Los neofascistas conspiran abiertamente para manipular elecciones y elaborar planes para mantenerse en el poder durante una generación. Los enemigos percibidos de Trump son acusados de crímenes ficticios y llevados a juicio. Mientras tanto, la Corte Suprema permanece de brazos cruzados.

Dos formas de fascismo —y no dudo en usar ese término— afligen nuestra nación:

1. Una clase de plutócratas millonarios y multimillonarios que se niegan a pagar impuestos y consideran que nuestro gobierno no debe hacer nada más que transferirles recursos.
2. Fascistas teocráticos que buscan convertir la visión fundamentalista del cristianismo en la religión oficial *de facto* de los Estados Unidos.

Ambos grupos se han unido para subvertir nuestra democracia. Los resultados se ven fácilmente:

- Las mujeres han perdido el derecho al aborto legal en varios estados.
- Los derechos de las personas LGBTQ, especialmente las personas trans, están siendo erosionados.
- La discriminación contra no cristianos y no creyentes se acepta ahora cultural y legalmente en muchos lugares.
- Se retiran libros de bibliotecas públicas y se intenta imponer exhibiciones religiosas en escuelas públicas, como enormes carteles con los Diez Mandamientos.

– Miles de millones de dólares se desvían de la educación pública hacia escuelas religiosas privadas sin rendición de cuentas.

He pasado los últimos meses dando conferencias en diversas regiones de Estados Unidos, desde Colorado y Texas hasta Iowa y Misuri. Dondequiera que voy, la gente me pregunta: ¿Qué podemos hacer? El problema es que no existe una respuesta fácil. Las ventajas de la democracia y de un gobierno laico **parecerían evidentes**, pero si la población las ha rechazado por alguna razón, **no será sencillo restablecerlas**.

No estoy seguro del rumbo que está tomando mi país. Antes pensaba que nuestras normas y tradiciones democráticas eran suficientemente fuertes para resistir los desafíos actuales. Ya no lo creo. Algo tendrá que ceder. Mi esperanza es que lo que estamos viviendo en América no implique niveles masivos de violencia y muertes —aunque ya estamos viendo algunas señales. Solo puedo esperar que lo que surja de las cenizas apunte hacia un futuro mejor.

En este sentido, he reunido algunas reflexiones sobre lo que nosotros, en Estados Unidos, debemos hacer —suponiendo que logremos sobrevivir a este período actual—.

Reformas necesarias para reconstruir un Estado laico en EE. UU.

En primer lugar, necesitamos referencias explícitas a la separación entre religión y gobierno y al carácter laico del Estado en nuestra Constitución, incluyendo las expresiones “separación entre Iglesia y Estado” y “gobierno laico”. También necesitamos una declaración clara de que nuestras leyes deben basarse en justificaciones laicas y racionales, algo que la Corte Suprema aceptó en el pasado pero que recientemente ha abandonado.

En segundo lugar, Estados Unidos necesita un sistema de protección social y apoyo para quienes lo necesiten, que sea provisto por el Estado y no por comunidades religiosas. Nuestra ayuda a las personas necesitadas debe ser estatal y laica.

En tercer lugar, debe eliminarse todo apoyo económico estatal a la educación religiosa. Las escuelas religiosas tienen derecho a existir, pero no a obligar a otros a financiarlas. Muchas de estas escuelas enseñan visiones incorrectas de la ciencia y de la historia. Muchas predicán la intolerancia y se oponen a los derechos fundamentales de las mujeres, las minorías religiosas y las personas LGBTQ. Muchas se oponen a la democracia. No es del interés del Estado apoyar estas instituciones.

En cuarto lugar, nuestra Constitución debe contener protecciones explícitas para la libertad reproductiva, incluido el derecho al aborto legal, y garantizar la igualdad de derechos civiles para los miembros de la comunidad LGBTQ, incluido el derecho al matrimonio.

En quinto lugar, todas las formas de lo que en Estados Unidos llamamos “religión civil” deben terminar. Esto significa eliminar “In God We Trust” como lema nacional, retirarlo del dinero y suprimir la expresión “under God” del Juramento a la Bandera.

En sexto lugar, los políticos deben dejar de predicar. No es su función. En un evento en el Museo de la Biblia en Washington, D.C., en septiembre, Trump declaró: “Como presidente, siempre defenderé el glorioso legado de nuestra nación y protegeremos los principios judeocristianos de nuestra fundación. Debemos devolver la religión a América —más fuerte que nunca”.

En un Estado laico, ningún político debería proponerse “traer de vuelta” la religión. Las personas son perfectamente capaces de decidir por sí mismas qué lugar ocupa la religión en su vida. Cuándo, si, dónde y cómo practicamos nuestra fe **no es asunto del gobierno**.

Finalmente, debemos cuestionar la idea, tan común en Estados Unidos, de que la religión merece un trato especial. Muchas religiones predicán la intolerancia; algunas incluso justifican la violencia contra quienes creen de manera diferente. Aunque el Estado debe respetar la libertad de conciencia, no tiene por qué permanecer en silencio cuando expresiones religiosas buscan quitar derechos a otros o causar daño a personas específicas o a la sociedad en general.

En Estados Unidos estamos aprendiendo, a un alto costo, lo que puede ocurrir cuando grupos religiosos se declaran por encima de la ley. Durante la pandemia de COVID-19, algunos centros de culto se negaron a cumplir regulaciones diseñadas para proteger a todos. Cuando las vacunas estuvieron disponibles, adoptaron teorías conspirativas absurdas y combatieron medidas de salud pública vitales.

El asalto al Capitolio y el papel del extremismo religioso

Consideren también el asalto a nuestro Capitolio el 6 de enero de 2021. Si observan las imágenes de aquel evento, notarán algo interesante: muchos miembros de la multitud agitaban cruces o sostenían Biblias. Sus creencias religiosas extremas les llevaron a adoptar la violencia y a defender el caos. Presentados con una teoría conspirativa ridícula —que la elección de 2020 había sido robada a Trump— carecían de las herramientas intelectuales necesarias para procesar la información y alcanzar la verdad.

Éste es quizá el mayor desafío que enfrenta Estados Unidos en este momento: **un número considerable de nuestros ciudadanos carece de capacidades intelectuales suficientes para protegerse contra las absurdidades**. Y muchos de estos ciudadanos son extremistas religiosos.

A pesar de mi pesimismo, mantengo la esperanza en el futuro, porque conozco un poco la historia y sé que los tiranos no gobiernan para siempre. Inevitablemente caen.

El ejemplo de “Ozymandias” y el futuro del autoritarismo en EE. UU.

Cuatro años antes de que Madison escribiera al mundo sobre la enseñanza, Percy Bysshe Shelley compuso el poema *Ozymandias*, en el que “un viajero de un país antiguo” cuenta

lo que vio en un desierto olvidado: un monumento caído —“dos enormes piernas de piedra sin tronco”— acompañado de una advertencia a todos: **“Contemplad mis obras, poderosos, y desesperad.”**

Créanme: hay días en los que muchos de nosotros, en Estados Unidos, miramos las obras de la administración actual y no podemos sentir otra cosa que desesperación.

Pero recordemos el contexto del poema: la estatua del tirano, tan seguro de reinar eternamente, aparece medio enterrada en la arena en un lugar perdido —“No queda nada más”, escribe Shelley. “Alrededor de las ruinas colosales, ilimitado y desnudo, se extiende a lo lejos el llano de arena solitaria”.

Los tiranos caen.

Sus obras, sus monumentos grandiosos y sus mentiras terminan desmoronándose o siendo demolidos.

Estamos viendo señales de esto en Estados Unidos. La popularidad de Trump está en su punto más bajo y sólo debería deteriorarse más a medida que los estadounidenses sufran las consecuencias de su inepta política económica. Estallan manifestaciones por todo el país. Millones participan —yo entre ellos. La destrucción metafórica del edificio vergonzoso construido por el estafador que ocupa la Casa Blanca y sus secuaces ocurrirá; es solo cuestión de tiempo.

Me siento frustrado al pensar que 38 años de mi trabajo han sido arrasados por un hombre de tal mediocridad y cultura inexistente.

Recordatorios y agradecimientos

Pero entonces recuerdo dos cosas:

1. **Trump no actuó solo.** Fue apoyado por personas ricas y poderosas, mucho más inteligentes que él, que desean transformar fundamentalmente lo que es mi país.
2. **Defender un principio constitucional como la separación entre Iglesia y Estado nunca es una carga.** Es un honor, un privilegio. He tenido la suerte de hacerlo durante tanto tiempo. Hay formas mucho menos esenciales de pasar una vida.

Y quiero dejar clara una cosa: a lo largo de este camino, el apoyo de amigos como ustedes, miembros de la comunidad internacional, ha sido inestimable, y se los agradezco. Los he visto aquí en París durante los últimos 23 años. En ocasiones, tras nuestras reuniones, me he preguntado: “¿Debo realmente volver?”. Pero me recuerdo que Estados Unidos no pertenece a Donald Trump, ni a los plutócratas o extremistas religiosos que lo elevaron por encima del Jesús al que dicen seguir. **Estados Unidos es una idea. Una buena idea. Una idea que vale la pena defender.**

Hoy, una banda de personas mezquinas, malévolas y malintencionadas mantiene a Estados Unidos en un férreo control y espera estrangularlo hasta la muerte. Los ciudadanos estadounidenses honestos se liberarán. Y cuando lo logremos,

emprenderemos la difícil tarea de reconstruir nuestra democracia, incluido consagrar el carácter laico del Estado.

Pero al dirigirme a ustedes hoy, consciente de la realidad que enfrentamos en Estados Unidos, debo hacer algo necesario aunque desagradable: puesto que Estados Unidos está abandonando su papel de apoyo y defensor del gobierno laico, es importante que **otras naciones asuman ese papel**.

Quienes representan países donde el gobierno laico está protegido —y me dirijo especialmente a ustedes, mis amigos franceses— deben defender sin miedo ni disculpas los principios del Estado laico.

Y qué momento tan ideal para volver a dedicarnos a este principio esencial mientras nos reunimos en esta hermosa ciudad para celebrar los 120 años de la laicidad francesa.

Ustedes tienen su misión. Ahora, amigos míos, avancen y, en el espíritu de James Madison, enseñen al mundo entero.

Robert Boston

Consejero principal

Miembro de la redacción del mensual *Church & State*